

Endeudamiento III

DEUDA EXTERNA Y SOBERANÍA*

Aldo Ferrer

Se está produciendo un cierto cambio en las posiciones negociadoras y en las percepciones que de este problema se tiene en el escenario internacional.

Es probable que este cambio de las circunstancias vaya provocando también en la Argentina una perspectiva distinta del tema de la deuda externa.

Un problema latinoamericano

El tema de la deuda externa y la crisis de la deuda es básicamente un problema latinoamericano. En realidad no hay problemas similares en otras regiones en desarrollo. Es cierto que algunos países de Africa tienen problemas, pero la inmensa mayoría de los países que enfrentan la crisis de la deuda externa son latinoamericanos. Sobre este fenómeno quisiera hacer algunas reflexiones.

En primer lugar, recordar cómo se fue gestando el endeudamiento latinoamericano. En esto convergieron varios factores. Tal vez convenga comenzar por los de tipo internacional para después ubicar diversas experiencias nacionales en ese marco de referencia.

El sistema financiero internacio-

nal ha experimentado un desarrollo muy rápido desde fines de la segunda guerra mundial, particularmente desde la década del '50 debido a varios motivos. En primer término porque EUA, país central del sistema, es emisor del principal activo de reserva, el dólar (considerado activo de reserva en los bancos centrales, que sustituyó como es sabido al oro, a la libra y a otras monedas). Esta circunstancia otorgó a EUA —que surgió de la guerra como la potencia francamente hegemónica dentro del mundo de economías de libre empresa— un privilegio extraordinario: pagar el déficit del conjunto de sus transacciones internacionales no con oro sino con dólares, es decir con papel moneda emitido por la autoridad monetaria de los EUA. Y los EUA mantu-

* Conferencia pronunciada el 18 de abril de 1985 en la Caja Nacional de Ahorro y Seguro, organizada por AIPET (Asociación iberoamericana de periodistas especializados y técnicos). Versión taquigráfica.

vieron desde el fin de la segunda guerra un persistente desequilibrio en sus transacciones internacionales. Tenían inicialmente un fuerte superávit comercial, dado que obtenían muchos ingresos por sus inversiones en el exterior. Pero como también efectuaban grandes gastos de defensa y otras erogaciones, el conjunto de las transacciones norteamericanas fue experimentando un déficit persistente, el cual fue pagado con dólares. Dólares que fueron entrando a las arcas de los bancos centrales, sobre todo de los países industriales. Y de los bancos centrales fueron pasando a los bancos privados. Esto aumentó enormemente la capacidad prestable de la banca de muchos países, fundamentalmente de los europeos y el Japón, lo que naturalmente dio lugar a la formación de un mercado internacional de capitales en gran parte alrededor de lo que se llamó euromonedas o eurodólares: préstamos realizados en dólares, entre bancos que operaban con monedas fuera de las correspondientes a sus propios países, tanto en su mercado interno como en el mercado internacional.

En virtud de este fuerte aumento de la liquidez internacional y de la capacidad prestable, que fue creciendo a una tasa de 25-30% anual desde los años '50 en adelante, la banca fue generando nuevos vínculos financieros. En la década del '70 a esta capacidad prestable de los bancos, alimentada inicialmente por este déficit de la balanza de pagos de los EUA, se agregó el tema de los petrodólares. Al producirse en 1973 un fuerte aumento de los precios del petróleo los países exportadores, sobre

todo los del medio oriente, generaron un superávit muy considerable en su comercio exterior. Ese superávit lo cobraron básicamente en dólares que a su vez depositaron en los bancos internacionales, con lo cual volvió a aumentar la capacidad prestable de los bancos. Simultáneamente con este aumento se produjo una integración de los sistemas financieros.

Hasta fines de la década del '40 casi todos los países industriales de Europa, y el Japón, tenían severos controles de cambio, ya que emergían de la guerra con fuertes desequilibrios en sus balanzas de pagos, y mientras duró el proceso de recuperación fueron aumentando sus reservas, en virtud sobre todo del déficit de EUA. Progresivamente esas restricciones fueron eliminadas y se ha venido produciendo una fuerte integración de las plazas financieras internacionales, donde estos inmensos capitales líquidos del sistema financiero, que fluyen de una plaza a la otra, son extremadamente sensibles a las tasas de interés, a las expectativas sobre cambios en las paridades cambiarias. Cuando prevén que una moneda puede desvalorizarse especulan contra ella y compran otras, con lo cual se ve agravado el problema y en consecuencia, el peso del sector financiero ha adquirido una gravitación de extraordinaria importancia en los asuntos internacionales.

En la década del '70, como se debilitó de alguna manera la demanda de crédito en los propios países industriales, los bancos empezaron a hacer una política muy agresiva de búsqueda de nuevos clientes en otros mercados para colocar sus préstamos, abrir nue-

vas oficinas y hacer buenos negocios. Y una de las áreas donde encontraron gran receptividad fue América latina. Estos países —sobre todo los mayores de la región— eran importantes clientes potenciales, y lógicamente los bancos trataron de aumentar sus préstamos y su participación en la actividad financiera y económica. Este es el marco de referencia: una política muy activa, muy expansiva de la banca internacional en la búsqueda de nuevos mercados.

Si miramos la historia desde el lado latinoamericano se advierte una situación en la que los principales países del área tienen una fuerte posición de endeudamiento con esos bancos. Es decir que frente a la expansión de estos bancos que buscaban nuevos negocios, los países latinoamericanos tomaron grandes cantidades de créditos internacionales otorgados por los bancos privados. Sin embargo las causas y las formas en que esos créditos fueron tomados difieren. Diría que hay varios modelos de endeudamiento en América latina.

Brasil

En el modelo brasileño la causa del endeudamiento fue el hecho de que el Brasil, importador de petróleo, al producirse los aumentos de 1973 se encontró ante un fuerte deterioro de los términos de intercambio con su consecuente déficit en la balanza comercial. Entonces tenía dos caminos posibles: o reducía fuertemente las importaciones y equilibraba sus pagos para absorber este aumento o se endeudaba. Y se endeudó.

Tomó grandes cantidades de crédito que sirvieron para mantener una muy fuerte tasa de crecimiento, y un sostenido aumento de sus importaciones. Después, el endeudamiento fue generando su propio desequilibrio por autoalimentación.

En el caso brasileño se puede afirmar que la causa inicial del endeudamiento —en el marco de referencia mundial— fue la tentativa de mantener un fuerte ritmo de crecimiento y de capitalización a pesar del deterioro de los términos de intercambio, situación que volvió a repetirse en 1979 con el segundo salto en los precios del petróleo.

México

En el caso de México la situación fue distinta. Hubo errores serios de la política económica. El país mantuvo una activa política de industrialización y de inversiones en infraestructura, caminos, energía e industrias. Pero se dio allí esta situación singular: el país aumentó su endeudamiento siendo un país petrolero. Desde fines de la administración Echeverría aparece el petróleo como una fuente de ingresos muy importante. México incrementa fuertemente su capacidad exportable pero gasta tanto que no le alcanza con el petróleo e incluso se endeuda.

Los mexicanos cometieron el grave error de utilizar el tipo de cambio como instrumento anti-inflacionario, permitieron el retardo de la cotización del peso mexicano, con lo cual se provocó un marcado desaliento de las exportaciones distintas del petróleo y de

las corrientes turísticas provocando una intensa especulación contra el peso mexicano y una fenomenal salida de capitales. Cuando los operadores económicos percibieron que el tipo de cambio no era sostenible dado su retraso, comenzaron a salir miles de millones de dólares y en consecuencia, repito, México se encontró con esta situación paradójica: siendo un país petrolero se endeudó. La deuda actual de alrededor de 90 mil millones de dólares y una crisis muy severa, en parte son consecuencia de estos errores de la política cambiaria y financiera.

Argentina

Si uno trata de encontrar el caso más negativo dentro del escenario latinoamericano no tiene que ir muy lejos: lo encuentra acá, en la Argentina. Porque a diferencia de México y Brasil que, independientemente de sus diferentes experiencias mantuvieron políticas de industrialización y crecimiento económico, acá la fase de endeudamiento y de toma de crédito internacional se inicia simultáneamente desde abril del '76 con una política de desmantelamiento de la industria, que responde a una concepción histórica del país en el sentido de que la Argentina no tiene mercado interno; no tiene posibilidades de industrialización; la industria está desarrollada en forma artificial y la única posibilidad es volver a exportar cereales y carnes.

De acuerdo con ese criterio nuestra industria es "de invernadero" y por lo tanto no merece sostenerse. Entonces se inicia una

política sistemática con poderosos instrumentos: desprotección de la industria, altas tasas de interés, bajas de salario, contracción del mercado interno y finalmente se utiliza —como en México— un instrumento de tremendo poder: la revaluación del peso. Se admite así el atraso de la paridad del peso y esto no sólo aumenta las importaciones, desalienta las exportaciones y desubica a la industria argentina en su capacidad competitiva sino que además también provoca incremento de gastos en el exterior por turismo y otros rubros no esenciales y finalmente, cuando el esquema comienza a desmoronarse, se produce una fenomenal fuga de capitales. Se giran grandes cantidades de fondos al exterior y el gobierno intenta primero revertir la tendencia con un fuerte aumento de las tasas de interés, pero esto ya no frenaba el drenaje.

Se estima que en este momento las tenencias de fondos en el exterior de inversionistas argentinos es del orden de los 25 mil millones de dólares. Son cifras muy difíciles de precisar. La apreciación se basa sobre análisis de balances de pagos y otros indicadores. Esa cifra se conformó sustancialmente en los tiempos del último régimen de facto.

En el caso argentino experimentamos la peor de todas las experiencias, ya que Brasil y México se endeudaron pero al menos crecieron. Ciertamente es más explicable la experiencia brasileña que la mexicana. Pero incluso los mexicanos no dejaron de tener —aun con sus errores— un fuerte proceso de crecimiento y de capi-

talización con Echeverría y López Portillo.

Acá la cosa fue totalmente al revés: la Argentina fue el único de los grandes países de América latina que se endeudó mientras se achicaba: Mirando los datos actuales, la producción industrial brasileña —a pesar de la recesión de los dos últimos años— es 40% mayor que hace una década; en México es 30% más alta y en Argentina 10% más baja, con una caída del producto por habitante del 15% en los últimos diez años.

Así, la Argentina entra en una situación muy distinta a la del Brasil y México en el momento de la crisis.

La crisis

¿Por qué se plantea la crisis simultáneamente? Pues porque los bancos hicieron una política muy agresiva de penetración en América latina, expandieron fuertemente sus créditos, advirtiéndose ya en 1980/81 preocupaciones crecientes en el sistema financiero internacional acerca de la capacidad de los países deudores para cumplir con sus compromisos. A partir de entonces los bancos comienzan a restringir poco a poco el crédito, con lo cual provocan la crisis de estos modelos de endeudamiento externo que hemos delineado. En la Argentina la crisis se había producido antes de que estallara la situación internacional porque la política monetarista, ya en abril de 1980, había desembocado en la crisis que arrastró al BIR, Banco Los Andes y buena parte del sistema financiero, comenzando violentamente la fuga de

capitales. A pesar de haber estado antes en nuestro país, al generalizarse la crisis en nivel internacional la situación interna se agrava rápidamente, dado que esta reducción del crédito provocó una modificación de las reglas de juego.

En el conjunto de América latina durante toda la década del '70 el ingreso de capitales excedió en 15 mil millones de dólares anuales a los pagos que se hacían en concepto de devolución de préstamos e intereses. Es decir que la región no sólo pagaba lo que debía con nueva plata proveniente del exterior sino que además le sobraba dinero, ya que la totalidad de lo que la región producía y exportaba era retenido para la capitalización, el consumo y demás actividades internas. El sistema funcionó en estas condiciones hasta 1981, año en que la situación se revierte violentamente. En 1982 la crisis se manifiesta con todo dramatismo ya que América latina paga en concepto de intereses y utilidades alrededor de 35 mil millones de dólares y recibe de afuera en calidad de capitales netos alrededor de 10 mil millones, con lo cual ahora tiene que pagar con sus propios recursos 25 mil millones de dólares. La cifra aumenta en 1983, se mantiene en 1984 y en sólo dos años (1982/84) la región remesa más de 75 mil millones en concepto de intereses y utilidades sobre los capitales invertidos.

Al producirse esta reversión brutal de las corrientes de financiación, todos los países de la región entran en una aguda crisis de balance de pagos y la respuesta ha sido, prácticamente en todas

partes, restringir drásticamente las importaciones para generar un superávit comercial que permita hacer frente a esa transferencia de recursos en concepto de pago de intereses de la deuda. Todos estos países han entrado en una política llamada de ajuste —muy severa— que tuvo al principio esta característica generalizada de fuerte baja de las importaciones que disminuyeron en la región casi un 50% en el período 1981/84. Simultáneamente trataron de aumentar sus exportaciones, siendo interesante destacar las diferencias entre el caso brasileño y el argentino. Brasil logró en la década anterior a la crisis una notable industrialización, profundización tecnológica y diversificación de su aparato productivo; responde con un fuerte aumento de sus manufacturas, exportando en 1984 por 26 mil millones de dólares, la mayor parte productos de extrema complejidad (aviones, elementos electrónicos, etc.).

En el caso argentino, como la industria fue en buena parte destruida en la década anterior, la única capacidad de respuesta son los productos primarios, volver a exportar las mismas cosas que exportamos siempre. En la Argentina —a diferencia de Brasil— la crisis de la deuda implica un proceso continuado de desindustrialización y de achicamiento del aparato económico. Brasil también ha sufrido una contracción del nivel de ingreso por el pago de la deuda pero no detiene su proceso de transformación, porque ya la economía es lo bastante ancha y diversificada como para abordar nuevas actividades.

En nuestro país la política inau-

gurada en 1976 —desde el punto de vista de sus objetivos— ha sido la más exitosa de la época moderna: ninguna política antes había logrado en tal profundidad los objetivos que se había trazado, consistentes en desindustrializar al país, devolverlo a una posición asentada en una actividad primaria exportadora e insertarlo en el sistema financiero internacional como un apéndice, digamos, de las plazas financieras mundiales. Entonces la respuesta del aparato productivo y del comercio exterior es muy distinta. Consecuentemente la crisis de la deuda adquiere en Argentina características diferentes; cuando los brasileños y los mexicanos se refieren al ajuste hablan de contener el crecimiento de una economía que es un 40 ó 50% más grande que hace diez años. Acá cuando nos referimos al proceso de ajuste hablamos de seguir achicando una economía que se ha reducido ya sustancialmente en los últimos diez años y naturalmente el final de este proceso es el desmontaje definitivo del sistema industrial argentino y la vuelta a un sistema preindustrial. Está claro que ésta es una política asentada en intereses sectarios, minoritarios, insensatos, porque en este caso: ¿qué vamos a hacer con 30 millones de argentinos? Yo dije cuando estaba vigente la política del '76 que con esa política sobran en la Argentina 20 millones de argentinos y 2 millones de kilómetros cuadrados. Es un país demasiado grande para mantener ese tipo de esquemas. Lo cierto es que ahora estamos soportando sus consecuencias.

Este fenómeno de la deuda ha introducido perturbaciones extre-

madamente serias en la región, en primer lugar porque implica un drenaje de recursos muy importante, representando casi un 40% de lo que exporta o un 50% de su ahorro neto y entonces paga frenando su capitalización y bajando el nivel de vida. Es una situación no justificable en una región subdesarrollada en la cual subsisten problemas de atraso y miseria en sectores muy importantes de la población.

Deuda e inflación

Además, esta deuda implica un tremendo factor inflacionario. Es un tema que ya he planteado hace un par de años en un trabajo sobre las relaciones entre deuda externa e inflación. Es un punto que no ha sido percibido suficientemente en el análisis económico y cuando se habla de inflación en América latina en años recientes generalmente se menciona el déficit fiscal; el aumento de salarios y se olvida computar esta transferencia de recursos al exterior como un elemento fundamental.

Este tema afortunadamente está comenzando a ser revisto en los análisis económicos: en Brasil hay ya algunas investigaciones que vinculan la deuda con la inflación y que brevemente explicaré en sus relaciones. Un elemento inflacionario de la deuda es que al reducir la masa de bienes y servicios disponibles por la transferencia al exterior, aumenta la puja distributiva interna de cada país por lo que queda disponible. Pero además es también una componente muy importante del déficit, porque la deuda externa es preponderante-

mente deuda pública, entonces lo que se paga en ese concepto aparece en los gastos públicos. ¿Cómo financia el Estado ese gasto generado por la deuda que representa —según los países— del 5 al 7% del producto bruto interno?

Para que este gasto no provoque un endeudamiento interno de los gobiernos o una emisión monetaria, sería necesario que el Estado le quitara a la sociedad la cifra equivalente necesaria para pagar al exterior. El déficit o el gasto generado por la deuda tendría que tener como contrapartida un superávit en el resto de las operaciones del Estado. Pero no es fácil realizarlo, porque conlleva una fenomenal presión tributaria o una fuerte reducción de los salarios en el sector público. Y naturalmente las sociedades se resisten a que las compriman todavía más. En definitiva, como el Estado no tiene capacidad para extraer por la política fiscal de gasto público e impuestos esa cantidad que necesita para pagar los intereses de la deuda, entonces emite, para comprar los dólares necesarios. Así se produce un significativo déficit, una fuerte emisión monetaria y hay un factor inflacionario fundamental que explica por qué coincidentemente con el aumento de la transferencia de recursos —o mejor dicho con la aparición de su transferencia al exterior— la inflación creció desde 1982 de una manera generalizada en toda América latina y no tiene miras de disminuir.

Estamos entonces frente a un contexto realmente complejo, con pasivos internacionales severos, que plantean estas dificultades tan graves que estamos viendo.

La negociación

En el manejo del tema de la deuda los países deudores han optado por el camino tradicional que es el de negociar con el FMI. Los bancos privados internacionales se habían olvidado del Fondo en la década del '60, cuando buscaban clientes y prestaban plata sin mirar qué hacían los clientes con ella. No le preguntaban al Fondo: mire, estúdieme el caso de la Argentina, a ver si las políticas son las correctas y me va a poder pagar pasado mañana; ni tampoco le decían: estúdieme el caso mexicano para constatar que su política cambiaría es sostenible y esta gente va a poder pagar y además evalúen qué va a pasar con los precios del petróleo, porque si bajan vamos a tener problemas con este cliente. Los bancos se acordaron otra vez del Fondo Monetario cuando se produce la crisis. Ahora es una condición de la negociación el formular un programa general de ajuste con el FMI que en definitiva consiste en prolongar los plazos de amortización y conceder préstamos por una pequeña parte de los intereses caídos, de manera tal que el 70-80% de los intereses se pagan con plata nuestra y lo que viene de afuera apenas alcanza para pagar el 20-30%. Esta es la situación en este momento.

Los enfoques que se aplican son los tradicionales, de ajuste ortodoxo, restricción del gasto público, de oferta monetaria. Pero es muy difícil reducir el gasto público porque existe la presión de la misma deuda sobre el gasto. Resulta que al restringir el crédito y reducir el gasto la economía se

deprime; al deprimirse hace más tensa la puja distributiva entrando en una especie de círculo vicioso que no encuentra respuesta al problema.

La política generalizada de América latina fue en los últimos años la de lograr un entendimiento con la banca internacional a partir de estos acuerdos con el FMI sobre los programas de ajuste, con la expectativa de que en algún momento se reiniciarían las corrientes de crédito para lograr que una parte importante de los intereses pudieran volver a pagarse con nuevos créditos y facilitar con estos procesos de ajuste el tránsito hasta que las economías se recomodaran. Pero esto no ocurrió, ni está ocurriendo. Los programas siguen siendo extremadamente severos, los bancos están muy reticentes a prestar, muy preocupados por sus errores del pasado: los quieren reparar cobrando de alguna manera todo lo que puedan. Están además muy inquietos porque tienen problemas significativos.

En los EUA existe una situación crítica en buena parte de los bancos, incluidas entidades importantes y sus problemas no se originaron en los préstamos que le han hecho a América latina, sino por los que otorgaron internamente a los sectores inmobiliario, agropecuario y energético. Y han entrado en problemas una serie de bancos; el caso más reciente es el del Continental Illinois; la Reserva Federal ha contribuido a su salvataje y al de otras entidades. En realidad, la imagen de la actividad bancaria en los EUA es hoy extremadamente crítica. Hay que oír las cosas que se dicen de

los banqueros —por ejemplo en el Congreso de los EUA— acerca de su imprudencia, de su voracidad, de su falta de seriedad para tratar los préstamos. Están en una situación política bastante vulnerable y dentro de ella procuran —y no es criticable que lo hagan ya que al fin y al cabo cada uno defiende sus intereses— lograr la mayor cantidad posible de pagos y que las economías ajenas se ajusten para cumplir con los compromisos.

Existía el supuesto —un poco la fantasía— de que la reciente recuperación de la economía norteamericana iba a provocar un aumento de las exportaciones de la región, pero ni siquiera el Brasil pudo mantenerlas, se estancaron en el primer trimestre del año y no se va a volver a producir el superávit de 13 mil millones de dólares del año pasado. No es concebible la visión optimista de que la crisis se resuelva por el lado de las exportaciones.

Los programas ortodoxos de estabilización están siendo fuertemente cuestionados. Incluso en México, que algunos presentaban como el "modelo" de la renegociación con sensatez, que habría logrado la respuesta generosa de los bancos y resuelto su problema. Ello no es cierto en absoluto, porque lo único que ha logrado México es reescalonar las amortizaciones, pero pagando la totalidad de los intereses, para lo cual destinará la totalidad de sus ingresos petroleros, algo más de 10 mil millones de dólares. No ha logrado frenar la inflación ni ponerse de nuevo en marcha. En Brasil se advirtió en 1984 una cierta reactivación sobre todo ligada a este fuerte esfuerzo exportador y en el

marco de una política muy firme de industrialización y sustitución de importaciones, pero ahora las cosas vuelven a debatirse ante la persistencia de la inflación y porque a pesar de exportar manufacturas tiene tantos problemas internos sin resolver que no puede mantener la transferencia de recursos. Además las perspectivas no son buenas. Hay un replanteo del tema de la deuda que se está produciendo lentamente y que está llevando a los países deudores a sacar algunas conclusiones que me han parecido bastante evidentes desde hace ya algún tiempo. Una de esas conclusiones es que en realidad esta crisis de la deuda tiene tres responsables: los deudores, los bancos y los países del norte. Pero la están pagando solamente los países deudores. Esto está generando una irritación creciente. El delegado brasileño en la última reunión del BID planteó este punto de la responsabilidad compartida.

Además sucede algo muy notable que se comienza a ver con más claridad: ha cambiado la naturaleza del financiamiento internacional ya que, en realidad, lo que hoy estamos discutiendo con los banqueros no es el aporte de dinero adicional del exterior, sino cuánto le vamos a pagar de nuestra propia plata, es decir, estamos distribuyendo nuestros propios recursos. Los créditos de afuera no vienen para ampliar nuestra capacidad de pagos externos y poder invertir más o poder consumir más: el dinero viene para pagar apenas una parte de los intereses de la deuda. Entonces los países comienzan a darse cuenta de que lo que necesitan lo están pagando

con sus propias divisas generadas con las exportaciones. Los bancos pueden ser más o menos duros en las condiciones de la financiación pero no se va a producir una restricción del abastecimiento en estos países que pagan con una parte de las exportaciones; en el peor de los casos habría ciertos atrasos en el pago de los intereses. En tales condiciones los deudores están empezando a perder la urgencia —bastante injustificada— que tuvieron en los últimos años para llegar a un arreglo, porqué los que tienen apuro, los que aceleran las negociaciones, los que están muy preocupados, generalmente son los acreedores, pero aquí nosotros perdimos el sueño sobre este tema. A nadie se le puede pedir que haga más de lo humanamente posible. Este tipo de reflexiones se está generalizando en América latina de manera que diría que ya no hay tanta urgencia en llegar a estos acuerdos. Porque al fin y al cabo los acuerdos: ¿en qué terminan? En esquemas de estabilización extremadamente severos que no se corresponden con la realidad de estos países y con modestos aportes de fondos del exterior para pagar sólo una parte de los intereses mientras seguimos haciendo una enorme transferencia de recursos. Todo esto está provocando un cierto cambio en las posiciones negociadoras y en las percepciones que de este problema se tiene en el escenario internacional. Y es probable que este cambio de las circunstancias vaya provocando también en la Argentina una perspectiva distinta del tema de la deuda externa.

En nuestro país, más que en

otras partes, una vez que hemos explorado el tema —y las diversas posturas negociadoras posibles dentro de un manejo responsable de no negar el compromiso sino de pagar dentro de lo posible— surge que la deuda es apenas uno de los problemas de nuestra sociedad. Porque aquí ha habido un achicamiento fenomenal de nuestro aparato productivo, una distorsión importante del sector financiero, un desaliento general de las fuerzas de la producción y del sector empresario. . . Debemos ir reconstruyendo de a poco, ir poniendo la casa en orden, más allá del tema de la deuda.

Estamos en presencia de desafíos bastante complejos que abarcan no sólo estos aspectos de la deuda y de la situación económica general, sino que comprenden también el proceso político. Afortunadamente en América latina están soplando otra vez los vientos de la libertad, de la democracia, del respeto a la dignidad de la persona humana. Y esto no es fácil consolidarlo. Nosotros hemos pasado por una experiencia tan dolorosa que estoy convencido de que el pueblo argentino sabe que no puede volver nunca más a la aventura golpista, pero esta convicción profunda del pueblo se da en el marco de una situación difícil, que se refleja en la inflación, en la caída de la producción, la puja distributiva, la deuda externa, que demandan respuestas nada sencillas por cierto.

En nuestro país el único enfoque que nos daría una apreciación ajustada de la realidad es el que encuadra el tema económico en el contexto del marco político; el que inserta el tema de la deuda

en el marco de la situación general del país, de la herencia recibida y de la situación internacional. Creo que los argentinos nos hemos hecho muchas veces a la idea de que no tenemos posibilidades de impulsar nuestro propio crecimiento, de lograrlo a partir de nuestra propia imaginación; de movilizar nuestros recursos en una inserción dinámica y positiva con el resto del mundo. Tuvimos en nuestra formación histórica un socio, que fue Gran Bretaña. Parecería que un poco en el inconciente colectivo argentino —no sólo en algunos grupos minoritarios— estamos revelando la inmadurez de seguir buscando un socio; pensando que el país no tiene alternativas propias; que o nos sacan de afuera de esta crisis o no salimos.

Esta es, tal vez, una causa importante que explica por qué tenemos tanta dificultad en encontrar un camino viable, porque en verdad los únicos socios posibles somos los 30 millones de argentinos. Nuestro país fue muy interesante como centro económico a fines del siglo pasado, con su gran pampa abierta, con la gran demanda internacional de cereales y granos, uno de los principales protagonistas de la economía internacional hasta la primera guerra mundial. Después las cosas cambiaron y lo que es nuestra producción básica está atravesando una situación crítica en el nivel internacional. Ya no se buscan zonas para producir cereales o carne, sino que aquellos que los producen procuran colocarlos con grandes dificultades, como por ejemplo los EUA. Incluso debido al achicamiento de nuestro merca-

do interno, el atractivo que tuvimos a partir de los años '30 para la participación de empresas extranjeras en nuestro mercado, desapareció. Brasil sigue siendo interesante para las empresas internacionales en este sentido porque además tiene una actividad exportadora importante. Aquí no. El mercado se achicó y hay muy pocos incentivos para proyectarse al mercado internacional. Entonces realmente hoy Argentina se ubica como un país marginal en el contexto internacional.

Esto nos lleva a la conclusión de que estamos librados a nuestras propias fuerzas. Afortunadamente esas fuerzas no son pocas si sabemos asumir nuestros problemas, pero también nuestras posibilidades. Según la eficacia que demos en resolver estos problemas, en la medida en que la Argentina mantenga una actitud responsable —de pagar dentro de lo posible— nadie nos va a embargar los aviones, ni los barcos. Eso no sucede en el plano internacional frente a un país que hace lo que puede. Habrá tensiones, atraso en los pagos, protestas, pero no se va a venir el mundo abajo: el país va a seguir exportando y seguirá obteniendo las divisas que generen sus exportaciones. La posición negociadora, respaldada por el retorno a la democracia y el reconocimiento internacional de que este país ha recobrado la sensatez y la seriedad en el manejo de sus asuntos internacionales, implica que tenemos un margen considerable de maniobra y de libertad operativa en el plano mundial.

Además, más allá de las dificultades, contamos con un potencial considerable. Si los argentinos

somos capaces de reflexionar sobre estos temas y sacamos las conclusiones correctas, si ponemos la casa en orden y frenamos este proceso inflacionario, si logramos la convergencia de todas las fuerzas nacionales en torno a un programa compartido, podemos recuperar una cierta expectabilidad en nivel internacional.

De todas maneras no hay ningún ejemplo de algún país en desarrollo que haya tenido éxito en cuanto al desarrollo, en los últimos 40 años, que no lo haya logrado a partir de su propia capacidad de transformación, de la solidez de su sistema político, de la lucidez de su política económica. El crecimiento que consiguió Brasil no fue el fruto de las inversiones de algunas empresas transnacionales —que sin duda participaron de manera significativa— sino básicamente por la decisión y los objetivos de la política económica de este gran país hermano que no logró sin embargo superar el dilema de la desigualdad. Segmentos importantes de su población aún viven en la miseria. El caso de Corea —para tomar otro extremo— es un país que ha desarrollado en los últimos 30 años un sector industrial formidable ligado a la exportación, con empresas básicamente coreanas y un Estado que las respalda para su desarrollo industrial y su posición internacional. Este otro país no se explicará por ninguna derivación de decisiones tomadas fuera de Corea. Son las decisiones tomadas dentro del país las que provocan su desarrollo. Y no hablemos del caso japonés que ya hace tiempo había dejado de ser un país en desarrollo, cuyo fenomenal crecimiento también se

explica fundamentalmente por políticas extremadamente nacionalistas, como muy bien lo saben los EUA, que cada vez protestan de manera más airada. Por todo lo expuesto diría que la conclusión principal que debemos sacar los argentinos es que en primer lugar tenemos que defender esta democracia a todo trance porque vivir fuera de la ley ya sabemos a dónde nos lleva. Y en segundo lugar, que tenemos que convencernos que el futuro está en nuestras propias manos, y que es posible.

.....
Pregunta: —Sabemos muy bien que debemos más de 40 mil millones de dólares, pero no sabemos quiénes son los deudores, quiénes contrajeron la deuda y cuál fue el destino de los fondos recibidos. ¿Por qué el gobierno no ha informado de todo ello?

Respuesta: — El gobierno argentino ha suministrado la información disponible sobre la deuda. En lo fundamental sabemos las cuentas: más de dos tercios ha sido tomada por las empresas del Estado, el Banco Provincia debe 1500 millones de dólares, que tomó de las plazas internacionales y luego se los pasó a YPF y a otras empresas del Estado. Los datos se han enviado al Congreso Nacional cuando el ex-ministro Grinspun presentó un informe con una información bastante circunstanciada. Hay ciertas cosas que no se saben, por ejemplo algunas operaciones privadas "calzadas": eventualmente un tomador de créditos de la Argentina aparece tomando en un banco al cual le da una garantía de fondos propios que tiene en el exterior. Esto es parte del debate de

lo que es deuda legal y legítima que nos llevó bastante tiempo. Sobre esto propuse utilizar una figura que se usó en Francia para otros motivos: a mi juicio, toda la deuda externa era ilegítima porque había sido incurrida de espaldas al pueblo argentino para financiar la fuga de capitales y demás especulaciones, pero desgraciadamente era legal, porque había sido contraída conforme con normas financieras internacionales e inclusive de conformidad con el derecho argentino. Y entonces tenemos que repudiar la ilegitimidad de ese endeudamiento y al régimen que lo provocó, pero desde el punto de vista legal tenemos que reconocer esta masa de deuda que para el derecho es deuda argentina. Por eso tenemos que hacer esta desagregación del análisis entre lo legítimo y lo ilegal.

Durante el período de la "tablita" cambiaria, el dinero internacional costaba 10% pero el que traía un millón de dólares, al 1° de enero de 1979, al 31 de diciembre se llevaba 600 mil de beneficio el 60% contra el 10% de costo. Porque la tablita le aseguraba que al final del año le iban a vender a cierto tipo de cambio mientras la tasa de interés interna era mucho más alta que la tasa de devaluación. Todo esto lo sabemos. Pero muchas de estas cosas que son ilegítimas se hicieron dentro de reglas de juego que son legales. Por eso es muy difícil sancionar. Porque estas cosas no son delitos, son formalmente legales. A este país lo saquearon dentro de las leyes que se habían creado específicamente para esos propósitos, naturalmente dentro de la ilegalidad de un gobierno de facto, pero

dentro de la lógica de funcionamiento del sistema jurídico vigente, ésta es la realidad. ¿Qué podemos sacar en conclusión entonces? Que hay que seguir adelante hasta las últimas consecuencias con las investigaciones y las sanciones legales que correspondan en todos los planos, pero no nos hagamos ilusiones ni reduzcamos la crítica a las políticas del régimen de facto, a los eventuales hechos delictivos. Porque estos hechos delictivos punibles por el régimen legal son la millonésima parte de lo que este país sufrió como consecuencia de esas políticas. Y no podemos hacerles el juego, ya que como en muchos de esos casos habrá sobreseimiento, van a decir: "vieron, no hubo nada ilegal, estaba todo dentro de la ley", pretendiendo "blanquear" el conjunto de la experiencia, que —en mi opinión— es injustificable.

Pregunta: — ¿Cuál es su propuesta en concreto para pagar la deuda?

Respuesta: — Hace ya un tiempo que vengo proponiendo un límite a lo que el país puede pagar, no para que el gobierno diga "vamos a pagar el 15% de las exportaciones", porque implicaría una posición negociadora dura y tal vez débil, sino para que los argentinos sepamos que podemos pagar hasta una cierta cantidad y no más. Y la diferencia documentarla. Habrá atrasos que se resolverán en su oportunidad. Es interesante lo que ha dicho el Dr. Fraga Iribarne, que como se sabe es el jefe de la derecha española acerca de que la deuda es un problema político. ¡Cuando me encuentro con gente de derecha en Brasil o en España me da tanta envidia! Porque comparados con la gente nuestra de

derecha ellos se manejan con una gran sensatez y una gran prudencia. El Dr. Fraga me citó en una conferencia en Quito en el sentido de poner un límite a lo que se puede pagar. Igualmente hace días me encontraba con una persona hoy ministro de gobierno brasileño con enorme poder y supuestamente conservador quien, conociendo varias de mis opiniones y ante mi pregunta sobre si en Brasil hay gente que sostiene todavía que es posible salir adelante exportando café, mineral de hierro u otros productos básicos me dijo: "¡no! acá en Brasil ese debate se concluyó allá por 1930. Desde entonces nadie duda de que el futuro brasileño es un futuro industrial y que nuestra producción primaria debemos movilizarla para industrializarla e integrarnos. Acá lo que debatimos hoy son otras cosas: la intervención del Estado, la distribución de los ingresos, los precios y salarios. Pero la estructura económica no se discute". Mientras que en la Argentina hay gente que todavía piensa en el futuro del país solamente como un granero, lo cual supone en nosotros un subdesarrollo político considerable que también es parte de nuestra crisis.

Pregunta: — Ante la deuda hay dos grandes posiciones: los que prevén un colapso más o menos inmediato del tema por incumplimiento creciente no sólo en la Argentina sino en toda América latina y en consecuencia hay que ir ganando tiempo hasta el momento de ese replanteo global del tema —como lo sostenía ayer el senador Laferrière— y la otra posición opuesta es la del Dr. Cavallo que no cree en una licuación de la

deuda internacional por lo menos en esta década, y que piensa que será necesario un proceso de ajustes profundos para sobrellevar al menos esta carga lo mejor posible. ¿Cuál es su perspectiva del futuro de la deuda global, de toda la región?

Respuesta: — No participo de la opinión de quienes están totalmente subordinados a la herencia recibida y piensan que este pasivo hay que asumirlo sin chistar y que hay que firmar donde nos digan. Además de no ser correcto no me parece que se compadece con la situación internacional real, donde las cosas, insisto, están cambiando. Por eso, ante la pregunta que me hace le diré que tengo la impresión (aunque a esta altura de mi vida ya debería dejar de hacer pronósticos, dado que los economistas nos equivocamos tanto) pero no puedo resistirme a la tentación de decir qué me parece que puede pasar. Diría que los países latinoamericanos van a ir perdiendo la urgencia de negociar y vamos a dejar de estar tan nerviosos porque el Fondo firma o no firma, y si vienen o no los créditos internacionales, y que mucha importancia en definitiva no tienen porque lo único que hacen es pagar sólo una parte de los intereses de la deuda, y nos vamos a preocupar mucho más de los aspectos ligados a la inflación interna, a los aspectos domésticos, y a este enfoque de pagar dentro de lo posible. Es algo que advierto ya en la posición brasileña. Los países van a decir: "miré, estas metas monetarias y fiscales no las podemos cumplir, tenemos otros problemas; podemos pagar tanto, le damos esto y sobre lo que no po-

demos abonar si quiere le damos algún título. . .".

En una reunión en Brasil, recientemente, un banquero norteamericano, Pedro Pablo Kuzinski (en realidad es peruano pero es presidente de un banco importante de los EUA; fue ministro en su país), recordaba y comparaba la forma en que negociamos los latinoamericanos respecto de la que sostienen las empresas norteamericanas con sus bancos acreedores. Decía —por ejemplo— que en el caso de la Chrysler y de International Harvester la negociación con los acreedores fue salvaje, se tiraban de los pelos, dijo literalmente "había sangre arriba de la mesa de negociaciones" y terminaron arreglando a largo plazo con el 6% de inte-

rés, porque de última los deudores les dijeron: "mire, más de esto no podemos" y los banqueros tenían la alternativa de pedirles la quiebra, y no se la pidieron. En el caso de los países deudores no le pueden pedir la quiebra a nadie, porque esto es lo que se llama riesgo soberano. Y este banquero en Río nos señalaba que con los países latinoamericanos las negociaciones duran muy poco, "son todos caballeros, firman, toman champagne y se van todos a su casa lo más contentos!" y terminamos pagando la tasa de interés internacional más un recargo. Y al final de una exposición que yo hice más o menos como ésta me preguntó: "¿me podés explicar por qué los deudores se asesoran con los acreedores?".